

Miradas sobre la intervención

Disipando Fantasma

Eduardo Bogliano* y Silvia Ghiselli**

Fecha de recepción: 6 de junio de 2016
Fecha de aceptación: 20 de junio de 2016
Correspondencia a: Eduardo Bogliano
Correo electrónico: edubogliano@gmail.com

*. Licenciado en Trabajo Social, Universidad de Buenos Aires. Docente Universitario de la Carrera de Trabajo Social Universidad Nacional de Moreno y de la Carrera de Trabajo Social Instituto Universitario de Derechos Humanos Madres de Plaza de Mayo.

** . Licenciada en Trabajo Social, Universidad de Buenos Aires. Docente universitaria: Facultad de Ciencias Sociales Carrera de Trabajo Social UBA y Carrera de Trabajo Social Universidad Nacional de José C. Paz. Servicio Social del Hospital Piñero-GCBA.

Resumen:

La intención del presente artículo es interrogarnos en torno a las características de las personas que atraviesan un consumo problemático de sustancias (CPS) y que permanecen en situación de calle. Tomaremos como insumo nuestra recorrido profesional de los últimos 15 años, desarrollados en áreas vulnerables de la zona sur de la Ciudad de Buenos Aires, desde el área de salud, más precisamente, desde la salud pública. La finalidad es trazar un camino sobre los modos de interpretación de estas situaciones, y explicitar aquellas pistas que nos permitieron ir modificando nuestros modelos explicativos, y como correlato de esto, la adecuación de nuestras estrategias de de intervención.

No pretendemos realizar un análisis de las representaciones sociales que circulan en torno a estos sujetos, aunque se recurra a ellas para ubicar el lugar que socialmente se les asigna y que los mismos asumen como respuesta, para establecer algún modo de inclusión.

Las personas en situación de calle que atraviesan un consumo problemático de sustancias

son representados socialmente como: fantasmas, espectros, víctimas del consumo del consumo de sustancias, consumidores de "basura", responsables de la inseguridad, entre otros males sociales, y, por lo tanto, son pasibles de nuestra pena, apadrinamiento, manipulación, discriminación, intolerancia, y hasta, nuestra indiferencia. A lo largo de estas reflexiones intentaremos problematizar dichas afirmaciones, buscando comprender el lugar que ocupan y como hacen frente al rol que les asigna el orden social vigente.

Palabras clave: Población - Consumo problemático de sustancias - Situación de calle.

Abstract

This article aims at questioning the characteristics of people who suffer from substance use problems and are homeless. To do this, we consider our professional experience during the last fifteen years developed in areas of vulnerability in the Southern zone of Ciudad de Buenos Aires, in health care, more precisely public service health care. The main goal is to chart a path by showing the ways of interpreting those situations and by exposing the clues that allowed us to modify our explanatory models, and accordingly, the adequacy of our intervening strategies.

We do not intend to analyse social representations used to characterize those subjects. Even though, we considered those representations to comprehend the social role that they assume for themselves as an answer to establish a way of including.

Homeless people who have substance use problems are socially represented as: ghosts, spectres, victims of substance consumption, consumers of "rubbish", responsible for insecurity, among other social problems, and consequently, we feel pity for them, god fatherhood, manipulation, discrimination, intolerance, and including indifference.

All over these reflexions, we will propose to problematize such statements aiming at understanding the place they occupy and how they face the role that social order has assigned for them.

Key words: Population - problematic substance - location street.

Introducción

La intención del presente artículo es interrogarnos en torno a las características de las personas que atraviesan un consumo problemático de sustancias (CPS) y que permanecen en situación de calle. Tomaremos como insumo nuestro recorrido profesional de los últimos 15 años, desarrollados en áreas vulnerables de la zona sur de la Ciudad de Buenos Aires, desde el sector de la salud pública. La finalidad es trazar un camino sobre cómo interpretar estas situaciones, y explicitar aquellos tópicos que nos permitieron ir modificando nuestros modelos explicativos y como consecuencia de esto, la adecuación de nuestras estrategias de intervención.

No pretendemos realizar un análisis de las representaciones sociales que circulan en torno a estos

sujetos, aunque se recurra a ellas para ubicar el lugar que socialmente se les asigna y que los mismos asumen como respuesta; buscando establecer algún camino para la inclusión.

Las personas en situación de calle que atraviesan un consumo problemático de sustancias son representados socialmente como fantasmas, espectros, víctimas del consumo de sustancias, consumidores de "basura", responsables de la inseguridad, entre otros males sociales, y, por lo tanto, son pasibles de nuestra pena, apadrinamiento, manipulación, discriminación, intolerancia, y hasta, nuestra indiferencia. A lo largo de estas reflexiones intentaremos problematizar dichas afirmaciones, buscando comprender qué lugar ocupan y como hacen frente al rol que les asigna el orden social vigente.

De vida, muerte y vínculos filiales

Habitualmente se considera que a estas personas las guía un espíritu de autodestrucción, que el consumo es un camino hacia la muerte, o la búsqueda de su auto-aniquilamiento.

Los mitos socialmente aceptados respecto a esta población (en situación de calle y con condición de consumo problemático de sustancias) tienden a reforzar esta idea. Frases tales como: “El paco te mata en seis meses”, “son muertos en vida”, “fantasmas”, “no hacen nada de su vida”, “viven para consumir”, “estos fisuras¹ son la la-cra de la sociedad”, son categorías descriptivas utilizadas para caracterizar a estos sujetos. Se los representa socialmente como actores excluidos, fuera del sistema, apenas unos sobrevivientes. Siguiendo a Giorgio Agamben podríamos decir que se encuentran en una situación de reducción a la “nuda vida”, concepto que el autor elabora a partir de la civilización griega.

“Los griegos no disponían de un término único para expresar lo que nosotros entendemos con la palabra vida. Se servían de dos términos, semántica y morfológicamente distintos, aunque reconducibles a un étimo común: Zoe que expresaba el simple hecho de vivir, común a todos los seres vivos (animales, hombres o dioses) y Bios que indicaba la forma o manera de vivir propia de un individuo o un grupo.” (Agamben. 1998. 9)

Siendo el primer término expresión de la “nuda vida” y refiriéndose a la vida del sujeto político en la ciudad el segundo.

“el ingreso de la zoe en la esfera de la polis, la politización de la nuda vida como tal constituye el acontecimiento decisivo de la modernidad que marca una transformación radical de las categorías político-filosóficas del pensamiento clásico. Es probable, incluso, que, si la política parece sufrir

hoy un eclipse duradero, este hecho se deba precisamente a que ha omitido medirse con ese acontecimiento fundacional de la modernidad. (Agamben. 1998, 13)

Con esta última idea el autor pretende señalar cómo la esfera de la política va ingresando en la modernidad al ámbito de la reproducción de la vida en sus aspectos más básicos, siendo la reducción a la nuda vida un hecho político.

Lo dicho nos habilita a pensar en cuáles son los procesos políticos que intervienen en la constitución de estas subjetividades. Es así que observando de cerca lo que ocurre, vemos que hay consumidores de sustancias que llevan más de diez años en dicha situación. Que lejos de ser fantasmas, su presencia en el territorio es concreta, ocupando lugares de interacción social, estableciendo alianzas con otros actores, disputando espacios, etc. No se puede negar sin embargo que estos sujetos, se hallan expuestos a condiciones de extremo riesgo que ponen en peligro su existencia. Suelen sufrir accidentes o son víctimas de hechos violentos en mayor proporción que otros grupos sociales. Pero esta mayor inseguridad, proviene más del contexto cotidiano en que se mueven, que de una búsqueda efectiva de la muerte.

Nos preguntamos si: ¿su condición no será algo que los vitaliza? ¿Si hay un impulso vital en sus acciones? La propuesta es despojarse de ciertas representaciones sociales clásicas y observar la situación excepcional en que estos sujetos se encuentran. Así vemos que tienen un horizonte claro que orienta sus acciones: hacer todo lo que sea necesario para conseguir la sustancia; sobrevivir en un medio muy hostil (que a sujetos menos aptos, rápidamente deprimiría y llevaría a la muerte). La condición de vida en la calle requiere de altas dosis de energía para seguir manteniéndose vivos. Cada necesidad a ser satisfecha, supone acciones y mediaciones complejas, para tener éxito y una capacidad de confrontación con otros sujetos. Si bien es cierto que dichas estrategias de sobrevivencia muchas veces requieren de

1. Denominación nativa para referirse despectivamente a los consumidores de sustancias psicoactivas en situación de calle

colaboración, las lealtades que se establecen son efímeras. La ley que parece regir lo que ocurre en ese ámbito, es la de una competencia feroz por asegurar la propia sobrevivencia. En la experiencia de trabajo que poseemos es habitual encontrar historias de personas que parecían unidas por vínculos afectivos sólidos y que, al cabo de un tiempo, terminan enfrentadas, literalmente "a muerte", por actos que implican la utilización de uno por otro. Más allá del juicio moral que esto pueda provocar, lo que no se ve en estas conductas es una actitud de muerte. ¿Que expresa entonces esa referencia a la muerte y a los muertos con que se asocia a esta población?

Quizás algunos apelativos de uso popular, que hacen referencia a este grupo nos ayuden a visualizar este punto: "no lo reconozco como mi hijo", "nos robó todo, nos dejó sin nada", "lo prefiero muerto antes que verlo así", "que lo tengan en un lugar cerrado y que no lo dejen salir hasta que se cure". Es habitual este tipo de frases entre las madres y padres de personas con CPS, para referirse a sus hijos. Pensemos entonces algunas implicancias de su discurso. Por un lado y confrontando al estereotipo todopoderoso del "amor de madre que todo lo perdona", aparece como aceptable que ella no reconozca a su hijo, e incluso más, que lo prefiera muerto a verlo "así". En un punto el pedido por "que lo tengan en un lugar y no lo dejen salir", tiene resonancias con la idea de la naturalización del "campo de concentración", que propone, el autor antes citado como noma de la biopolítica² actual. Es decir de alguna forma lo que propone para este sector social aún por parte de aquellos que pretenden "ayudarlos" es la exclusión.

Se nos presenta aquí una pregunta ¿cómo es que aquel símbolo máximo del amparo en la cultura

occidental, termina pidiendo el desamparo como remedio?³ y ¿qué es aquello tan intolerable que ni una madre puede soportar?

No parece ser el consumo de sustancias en sí, puesto que hay otros consumos que no sólo no generan este rechazo, sino que son socialmente valorados. Tal el caso del alcohol, el tabaco hasta no hace mucho tiempo, o más recientemente la marihuana. Si el consumo de paco fuera el responsable le estaríamos adjudicando a la sustancia un carácter ontológico radical. No es entonces por ahí por donde debemos buscar la respuesta. Quedan, por lo tanto, nuevamente las prácticas concretas de los sujetos consumidores de esta sustancia, como lugar donde colocar la mirada. No es una novedad que a lo largo de la historia diferentes sustancias, en diferentes épocas y lugares sintetizan valores, modos de relación entre sujetos, vínculos con el poder, condensando y poniendo de relieve significados socialmente aceptados. A modo de ejemplo podríamos señalar el movimiento Hippie como expresión del pacifismo y su vinculación con la marihuana. O la relación entre los carteles de cocaína y el terrorismo como símbolo de la amenaza a la cultura occidental en estos tiempos y en América Latina en particular.

¿Qué simbolizan entonces las prácticas sociales del consumidor de paco?

Como ya vimos en los discursos mencionados anteriormente hay una profunda ruptura del lazo social. Aún el vínculo más sacralizado por occidente, la relación madre-hijo, es puesto en cuestión en estas circunstancias. Esa ruptura radical de lazos expulsa a estos sujetos de su morada y los lleva al espacio público, a la intemperie y la

2. "Es menester reflexionar sobre el estatuto paradójico del campo de concentración en cuanto espacio de excepción: es una porción de territorio que se sitúa fuera del orden jurídico normal, pero que no por eso es simplemente un espacio exterior. Lo que en él se excluye, es, según el significado etimológico del término excepción, Sacado fuera, incluido por medio de su propia exclusión. Pero lo que de esta forma queda incorporado sobre todo en el ordenamiento es el estado-de excepción mismo. En efecto, en cuanto el -estado de excepción es querido inaugura un nuevo paradigma jurídico-político. En el que la norma se hace indiscernible de la excepción. El campo es, así pues, la estructura en que el estado de excepción sobre la decisión de implantar el cual se funda el poder soberano, se realiza normalmente." - Idem anterior pag:216

3. "El andamiaje estructural para el vínculo materno-filial estaba garantizado a ciegas no sólo por la filiación materna sino por la institución familia, estaba garantizado por la institución Estado que ponía un marco en el que ese vínculo era posible. Ese marco señalaba el vínculo con una línea de puntos y había que llenarlo con la singularidad de la traza de ese encuentro. Ahora, desfondado ese marco, la relación materno-filial se constituye en el encuentro -y bien puede no constituirse-. No sólo puede no constituirse por déficit constitucional de la madre -porque lo que estamos planteando es que, para ser madre, el déficit constitucional es hoy un hecho ineludible-, sino también por no encontrar el modo efectivo de establecer el vínculo. Y puede que no encuentren el modo de establecer el vínculo ya no solo por razones históricas que no le permiten apearse sino por incapacidad actual de constituirse mutuamente" (Corea, Lewkowicz - 2004, 100).

desprotección. Pero a la vez al no respetar “ni a su familia”, estos seres se constituyen en peligrosos, pues son capaces de todo por conseguir droga. De esta forma se concreta un doble movimiento contradictorio en apariencia, despiertan la misericordia por un lado y el temor por otro. Habilitando socialmente, el pedido de muerte o encierro, determinando de este modo su exclusión, en razón de su peculiar situación.

Cabe aún la pregunta por lo que realmente se excluye en este acto. Y la respuesta es la nuda vida, es decir aquella vida despojada de su componente político en sentido amplio. Queda incluida la vida de relación, la institucional, la de garantía de derechos, donde el Estado garantiza la existencia. Se excluye la vida en su reducción a sus componentes cuasi biológicos a su aspecto de “animalidad”. Esta exclusión se da porque los sujetos reducidos a su estado más instintivo, no quieren (o no pueden) formar parte de lo social. Se tornan entonces un riesgo y son ocasión de escándalo público.

La reducción a la nuda vida, peor aún la “elección” de los sujetos de dicho estado, denuncia una falla social. Nadie puede elegir permanecer a la intemperie pasando hambre y frío, corriendo riesgos, renunciando a los beneficios y seguridades de la familia y la sociedad de consumo. Desde una perspectiva que ponga el acento en la sustancia, podríamos decir que sólo los efectos perversos de una sustancia diabólica pueden alterar los juicios de una persona para que prefiera la ZOE al BIOS, el desamparo a “la madre”.

Pero este último razonamiento tiene una dificultad. Si el sujeto no puede discernir con libertad, por efectos de su consumo problemático, merece ayuda. ¿Por qué entonces se acepta socialmente que esa ayuda sea la reclusión contra su voluntad o la muerte antes que continuar “así”? Extrañamente se demoniza la sustancia pero la cura propuesta, recae sobre el sujeto como una condena, cual si fuese culpable de algo. ¿Será entonces que

hay una elección y por tanto una responsabilidad del sujeto? Ahora bien si realmente se elige, esta opción es tan terrible que no puede ser asignada a un ser humano normal y debe ser ocultada tras el fantasma de una alteración y quien la realice debe ser castigado.

Pero aún así tranquilizados aparece la perplejidad⁴, pues no se concibe que alguien elija en contra de su felicidad y su libertad.

¿Dónde está la felicidad de vivir en la precariedad?, ¿Cuál es la libertad de depender de una sustancia? Claramente son sujetos con una percepción alterada de la realidad ¿o no?

Por más que sobreactuemos nuestra fe, la sospecha carcome y es necesario que actores intachables e incuestionables nos confirmen en la creencia. Es necesario recurrir, no ya a sacerdotes, sino a modernos obispos que nos “cacheteen” para confirmarnos la realidad. Es así que los científicos nos dan argumentos racionales que explican la situación. Los medios de comunicación nos muestran lo terrible de la misma. Aún así algo falla. Sólo frente al poder discursivo de una madre sufriendo nos quedamos tranquilos.

Del dolor y la exclusión

Encontramos aquí otro poderoso legitimador de nuestras creencias “El Dolor”.

Al decir de Junguer⁵, el pasaje a la modernidad trajo consigo un cambio en la relación del hombre con Él, mientras que en los tiempos culturales o heroicos, la relación era a través de la objetivación del cuerpo, poniendo una distancia entre éste y el valor. Predisponiéndonos a pasar por el dolor, como forma de estar listos para utilizar la corporeidad cuando se lo requiera. En la modernidad, o era del sentimentalismo, el cuerpo se identifica con el valor en sí mismo, por tanto hay que evitarlo. Con el paso a la postmodernidad esta tendencia no se revierte, tanto en las políticas

4. “Si para valorar una experiencia necesitamos disponer de ciertos parámetros, cuando una experiencia destituye los parámetros, aparece una cuota de perturbación suplementaria. Llamémosla Perplejidad. Uno queda sin parámetros para valorar lo que sucede, cuando queda sin organizadores simbólicos capaces de significar una situación” (COREA; Lewcowicz. 2004. 78)

5. Jünger Ernst - “Sobre el dolor” en Libros de Ernst Jünger en Turquest Editores - Octubre de 1995.

de población vinculadas a la seguridad, como en las tecnologías del yo se observa esta tendencia a evitar el dolor como fundante de las mismas. Lo que si se observa es una nueva tendencia a la objetivación del cuerpo pero ahora como fuente de placer. Tanto frenesí hay puesto en evitar el dolor, que cuando inevitablemente alguien es alcanzado por ese flagelo, ese tránsito le otorga un halo de superioridad en razón del sufrimiento pasado. Por el contrario aquel que negligentemente somete a otro o a sí mismo al dolor es alcanzado por el desprestigio y su discurso es despreciado. Es así que el solo hecho de perder un familiar por una situación vinculada a un hecho de inseguridad transforma al doliente en experto en seguridad, o a las personas con algún conocido o familiar víctima del flagelo de las drogas en expertos en adicciones. Ese aura de infalibilidad que otorga el sufrimiento, en el caso que nos atañe conjuga perfectamente con la figura de madre (y por lo mismo sufriente) abnegada, que quiere lo mejor para su hijo. En contraposición, el hijo indolente que no se conmueve por el sufrimiento materno y por tanto es merecedor del silenciamiento. Vemos aquí, en esta relación con el sufrimiento, cómo se refuerza la exclusión de un sujeto por parte de otro, que resulta insospechable de intereses mezquinos. Por vía entonces de la evitación del dolor, volvemos a encontrarnos con la marginación. Podríamos pensar entonces que lo que se está excluyendo socialmente, al segregar a estos sujetos, es el dolor.

El sentido común nos juega una mala pasada al creer que dejamos fuera el sufrimiento. Es cierto que las imágenes dolorosas de los pibes con "la vida arruinada por la droga", invitan a pensar que dejándolos fuera, no viéndolos, encerrándolos, eliminamos el sufrimiento que padecen. Ya que "ojos que no ven, corazón que no siente". Sin embargo al hablar con ellos encontramos en los mismos la tendencia socialmente valorizada a evitar el dolor, el padecimiento. Llevada en este caso a un punto extremo. Por terrible que parezcan las imágenes de la vida en la calle, en los testimonios que recibimos en nuestro trabajo, transmiten un alto grado de insensibilización corporal. Heridas o enfermedades que para una persona común pueden resultar intolerables, en

ellos son apenas percibidas. En tanto que los sufrimientos de índole más espiritual o anímica son manejados con el consumo. Claramente al referirse a los efectos buscados con la ingesta de sustancias aparece la referencia a "sentirse bien", "no pensar", "tranquilizarme", "darme coraje", etc. Es decir algo que les permite alejarse de una sensación displacentera o dolorosa, la búsqueda de algo que alivie el padecimiento.

En todo caso en este ámbito de la "nuda vida" no nos encontramos con el dolor supuestamente excluido de lo social, sino con el fantasma de lo que se supone lo causa, pero en realidad ayuda a evitarlo. De todas formas, ese fantasma permite orientar acciones y proponer modelos socialmente aceptados. Llegados a este punto nos encontramos frente a otra paradoja, puesto que una exclusión, que de alguna manera sirve para los que están incluidos, no es tal en términos absolutos. Es una exclusión ambigua que recuerda el señalamiento de ambigüedad que hace Agamben sobre el término pueblo. Una exclusión que no casualmente se sitúa en los barrios marginales de la ciudad o en el espacio público afectando principalmente a los sectores populares:

"...Una ambigüedad semántica tan difundida y constante no puede ser casual tiene que ser el reflejo de una anfibología inherente a la naturaleza y a la función del concepto -pueblo- en la política occidental. Todo sucede pues, como si eso que llamamos pueblo fuera en realidad, no un sujeto unitario, sino una oscilación dialéctica entre dos polos opuestos por una parte, el conjunto pueblo cuerpo político integral por otro el subconjunto pueblo multiplicidad fragmentaria de cuerpos menesterosos y excluidos en el primer caso una inclusión que pretende no dejar nada fuera, en el segundo una exclusión que se sabe sin esperanzas; en un extremo, el Estado total de los ciudadanos integrados y soberanos, en el otro el coto vedado (bandita) -corte de los milagros o campo de reclusión de los miserables, de los oprimidos, de los vencidos. En este sentido no existe en parte alguna un referente único y compacto del

término pueblo: como muchos conceptos políticos fundamentales (similares en esto a los Uncorte de Abel y Freud o a las relaciones jerárquicas de Dumont), pueblo es un concepto polar, que indica un doble movimiento y una compleja relación entre dos extremos. Pero esto significa, también, que la constitución de la especie humana en un cuerpo político se realiza por medio de una escisión fundamental y que, en el concepto pueblo Podemos reconocer sin dificultades las parejas categoriales que como hemos visto, definen la estructura política original: nuda vida (pueblo) exclusión e inclusión zoé y bios. El pueblo pues, lleva ya siempre consigo la fractura biopolítica fundamental.” (Agamben. 1998. 225, 226)

Podríamos llegar a la misma ambigüedad por otra vía: Si suponemos la exclusión como la extirpación total de un individuo o grupo de las actividades que realiza la sociedad y observamos cuál es la principal actividad de este sector excluido, nos topamos nuevamente con lo paradójal. El consumo es la actividad principal de los marginales y todas sus acciones se ordenan en torno a dicho fin. Así descripto podríamos confundirnos y pensar que hablamos de la sociedad capitalista ideal. La diferencia se da por lo que se consume. Una sustancia prohibida. Reaparece la tentación de responsabilizar a la misma sustancia de la situación en que se encuentran estos sujetos. A poco que profundicemos la mirada deberíamos preguntar, ¿a quién le compran? ¿Quién la fabrica? hundiéndonos por esa vía profundamente en la sociedad expulsora y estableciendo nuevos canales de relación entre ambas. Vemos entonces que esta exclusión paradójal y el modo excepcional que se propone para su abordaje, no es tal.

De la construcción de subjetividades

La propuesta aislacionista y cercenadora de los derechos básicos de las personas, se convierte en un “clamor popular”, en el ámbito de esta problemática social, para que el Estado intervenga en forma excepcional. Es a través de la exclusión (reclusión) social de los sujetos con consumo problemático, que el Estado obtiene consenso social para la aplicación de medidas violatorias de los Derechos Ciudadanos Básicos. Puesto en estos términos el planteo resulta extremo y hace dudar acerca del camino elegido por la razón.

Cabría tal vez reflexionar acerca de quiénes son estos sujetos que llegan a una situación tan extrema y ver si se puede esbozar otra respuesta a la situación planteada.

Reflexionando con Sibilina en lo referente al impulso individualizante y masificante⁶ de la biopolítica en la modernidad, intentaremos analizar el fenómeno del consumo de sustancias psicoactivas. Visto desde el individuo, dicho consumo se inscribe en las tecnologías del Yo, para el manejo de la subjetividad. Como producto de la modernidad el sujeto debía dócilmente preparar su cuerpo y su “espíritu” para el trabajo. Sin embargo la reconfiguración del capitalismo, con el portentoso avance tecnológico que lo acompaña, pone en jaque la subjetividad del trabajador, favoreciendo el afianzamiento de la figura del consumidor⁷.

En la sociedad de nuestros días asombra la capacidad del mercado para transformar cualquier estilo de vida en mercancía. Lo que antes constituía un esfuerzo de la subjetividad por construir una identidad hoy se compra en el mercado. En pocas clases, y sin esfuerzo, alguien puede ser un

6. “Ambos vectores -disciplina y biopolíticas- se articularon en el contexto del capitalismo industrial, como dos conjuntos de técnicas orientadas a perpetuar su buen funcionamiento. Mientras el primer eje se dirigía al hombre-cuerpo, en el seno de una anatomía política que entrenaba y lubricaba los organismos mecanizados de la sociedad industrial (con su impulso individualizante), el segundo enfocaba al hombre especie, blanco de una biología política que reglamentaba los factores vitales de las poblaciones (con su impulso masificante). Aunque cada uno de estos dos vectores desplegaba un conjunto específico de mecanismos y dispositivos de poder, ambos constituían instrumentos de normalización destinados a maximizar y expropiar las fuerzas humanas, para optimizar su utilidad”. Sibila Paula – “Biopoder”, en El hombre postorgánico cuerpo subjetividad y tecnología digitales – Bs. As. Ed. Fondo de cultura económica, 2005 – Pág.: 198,199.

7. “En la transición hacia la tecnociencia fáustica de nuestros días, esa densificación se acentúa gracias a las técnicas de sujeción cada vez más complejas y efectivas, sobre todo aquellas que se originan en la informática y la biotecnología. En el nuevo capitalismo de superproducción y marketing, afianzado más fuertemente en el consumo y los flujos financieros que en la producción propiamente industrial, saberes y poderes se entrelazan íntimamente con toda una serie de prácticas, discursos y placeres que refuerzan tanto su eficacia como su legitimidad sociopolítica.” (Idem anterior 213)

maestro de la meditación o un experto en medicina china; conocer y embeberse del espíritu de la revolución cubana, o aprender los "tips" para ser un empresario exitoso. Lo más interesante es que un mismo sujeto puede transitar por todas estas experiencias, siendo socialmente valorado que así lo haga. Esa flexibilidad para incorporar (o consumir), nuevas experiencias es el rasgo más característico de nuestro tiempo. Cualquier rigidez de la personalidad se constituye en un obstáculo para el progreso y el éxito personal. En simultáneo y frente a la multiplicidad de ofertas de "modos de vida" existentes, las ansias de originalidad pueden ser plenamente satisfechas. Desde esta perspectiva el consumo de sustancias aparece claramente estimulado como parte del estilo de vida que se desee asumir. Así la vida refinada requiere del consumo de "gancia" o "champagne", la reacción anti-consumo, a la que me incita el sistema, promueve el auto-cultivo de lo que como, la auto-construcción de la vivienda o el auto-cultivo de marihuana. Todo explicado en cómodos fascículos coleccionables y con las cómodas tecnologías que facilitan la tarea. De esta forma cualquier incomodidad de la vida puede encontrar el consumo que la satisfaga, en un ciclo auto-reproductivo al infinito.

Sin embargo hay una incomodidad que no puede ser satisfecha por esta vía. Aquel sujeto que no puede consumir por no disponer de recursos para hacerlo se encuentra profundamente insatisfecho y es potencialmente peligroso, debe por tanto ser objeto del control social. Sin embargo las instituciones de la modernidad para el control de las poblaciones se encuentran en crisis. Las ya famosas instituciones totales, como la cárcel, los hospitales, la escuela tienen hoy un desprestigio importante. No es casual que aquellos modos de organización social inspirados en el modelo fabril durante el apogeo de la producción, encuentren cuestionada su existencia en esta nueva época consumista. Es lógico entonces suponer que las modalidades de control social han encontrado nuevas formas. Siguiendo las reflexiones de Deleuze y Foucault sobre los tiempos postmodernos podemos afirmar que hay una introyección en los sujetos de las modalidades de control social. Las normas y restricciones cada vez menos

se perciben como imposiciones externas y cada vez más son planteadas como auto-regulaciones para lograr el éxito. El sujeto empresario de sí mismo flexibiliza al máximo su personalidad para adaptarse a las exigencias del mercado buscando ser exitoso. De esta forma se auto-impone limitaciones disminuyendo la necesidad de coerciones externas que lo disciplinen. Por esta vía el control social es proyectado dentro de la subjetividad poniendo en cuestión los poderes coercitivos propios de la modernidad.

Si en consonancia con Síbila (2005) planteamos, la doble vía de acción biopolítica actual como tecnologías poblacionales y del Yo, encontraremos la sociedad de control y el sujeto empresarios de sí mismo como expresión de las mismas. En contraposición a lo que ocurría en la modernidad, donde se buscaba individualizar los grupos que debían ser vigilados por ser posibles fuentes de peligro, hoy todos y todo debe ser vigilado. La informática, y su diseminación en la vida cotidiana otorga la posibilidad de un control total sobre las actividades humanas. De esta manera y con el argumento de la seguridad de por medio, el monitoreo de la vida humana en su conjunto es aceptado sin cuestionamientos.

A modo de reflexión final

Pensemos entonces desde esta perspectiva la condición de estos sujetos consumidores de sustancias. En una primera mirada parece muy difícil sostener que son sujetos exitosos, empresarios de sí mismos que se auto-imponen el control social. Menos aún podría pensarse que se hallan sometidos al control de la informática para el monitoreo de sus vidas. No realizan operaciones bancarias, la mayor parte de las veces no tienen documentos, etc. Serían pues una población que de manera "dolorosa" ha escapado al control de la sociedad en que vivimos. Si esto es así, son sujetos peligrosos que deben ser controlados por otros medios ¿quizás recurriendo a las viejas modalidades de control social mediante el encierro en instituciones totales? Nos encontramos aquí nuevamente con la posibilidad de avalar la tesis anteriormente expuesta, que vincula este grupo poblacional con la legitimación de un es-

tado de excepción de las garantías legales para los individuos. Sin embargo la apelación a que son sujetos peligrosos que deben ser controlados suena exagerada. Si bien es cierto que en lo cotidiano presentan una proximidad con el mundo delictivo, lejos están las acciones que realizan de constituir un peligro para el orden social. Sus actividades “delictivas”, se vinculan al ejercicio de la prostitución, la venta al menudeo de pequeñas cantidades de sustancias ilegales, los arrebatos, el desorden en la vía pública. En definitiva, nada que efectivamente signifique un riesgo para la sociedad. Sin embargo su existencia justifica un discurso que aviva los fantasmas del miedo y la “mano dura”.

Esta desproporción entre el peligro real que representan y los discursos que promueven hace pensar que son objeto de una utilización. El hecho de que efectivamente se los judicialice muy poco, que las internaciones terapéuticas fracasen, que el encarcelamiento sea por muy breves lapsos, nos remite a una doble posibilidad. O las instituciones de la modernidad muestran aquí cabalmente su fracaso, o no hay un verdadero interés en controlar de esta forma a la población. O ambas explicaciones son válidas.

¿Cuál sería la razón que justifique el exhibir el fracaso de las instituciones de la modernidad? Pensando en la tesis que postula Agamben sobre la necesidad de volver normal el estado de excepción, entendemos que se vislumbra una respuesta. Si las respuestas que conocemos ya no son suficientes para conjurar el peligro, es necesario pues medidas más excepcionales aún.

¿Cuál sería entonces la razón por la que no interesa controlar de esta manera a esta población? En este caso la obvia respuesta es que ya están controlados de otra forma, aunque esto aparezca como contradictorio con lo expuesto hasta aquí. Una digresión en este punto permitirá reenforzar la cuestión: Lo que aparece como más desubicado, es que las respuestas en que se piensan para controlar la situación corresponden a una época anterior siendo éste un fenómeno nuevo. La existencia de personas en situación de “nuda vida”, de exclusión social a causa del consumo de

sustancias es propio de la posmodernidad. En la modernidad el consumo de sustancias producía sujetos disfuncionales o críticos al sistema, los Hippies pacifistas que cuestionaban, los alcohólicos que terminaban por fuera del sistema de producción, los narcotraficantes que se asociaban al terrorismo, constituyen ejemplos de esas subjetividades. Los consumidores de paco que quedan al margen de la sociedad, fuera de todo lazo social expresan un nuevo tipo subjetivo propio de estos tiempos. Resulta raro entonces, que frente a un fenómeno nuevo, se intenten viejas respuestas y se persista en ellas, aún ante la palmaria evidencia de su fracaso.

¿Cuál sería entonces la modalidad de control social que opera sobre esta población? Consideramos necesario examinar en este punto las tecnologías del Yo que operan sobre ellos. La ingesta de sustancias psicoactivas se inscribe en estas modalidades. Ahora bien esta ingesta “descontrolada” parece conducir al fracaso del sujeto. Esto es así desde ciertas perspectivas de vida que conciben el prestigio social como un capital invaluable que conduce al éxito. Pero si como dijimos, la época actual busca producir consumidores, una tecnología del Yo que promueva que todos los intereses del sujeto se orienten a ese fin, semeja más un éxito que un fracaso. Esto es así aún si se da a costa de la pérdida de relaciones sociales. Como valor agregado podemos sumar que el costo de mantener esta situación lo paga el propio sujeto al comprar la sustancia.

Una constitución subjetiva que por consumir, rompa todos los lazos sociales y genere rechazo, lejos se encuentra de constituir un riesgo. Direccionada además como un “estilo de vida posible” para los consumidores de los sectores populares, económicamente maximiza los logros de control social reduciendo los gastos resultando deseable. En todo caso el riesgo que entraña es la posibilidad de pensar críticamente sobre el consumo. Pero el mismo se halla sabiamente conjurado por su presentación como opción de vida de los sujetos de los sectores populares.

No es pues un consumo que despierte adhesiones entre los más favorecidos, esto les ocurre por

el descontrol propio de esos sujetos. "Si supieran controlarse, eso no les pasaría". Nuevamente nos topamos aquí con la responsabilidad que habilita la condena. El no ser un buen empresario del yo (confirmado porque le pasa a los pobres), los conduce a esa situación. El descontrol de sus impulsos es su ruina, con la cual la metáfora social se completa. Por no saber o no poder controlarse una persona arruina sus posibilidades de éxito y por tanto es artífice de su propio castigo, la exclusión social.⁸

El sujeto marginado no es reconocido por la sociedad como un horizonte de aspiraciones válido, es sin embargo el producto más genuino de la manipulación del poder. No obstante el crecimiento exponencial de esta población si constituye un riesgo social a ser conjurado. Pero no es por vía de la inclusión que se piensa la respuesta. Es necesario mantener pues abierta la idea de la necesidad de medidas excepcionales a tomar de ser necesario para conjurar el riesgo. De esta forma el imaginario social circundante a esta problemática habilita el consenso social en esa perspectiva⁹. Es posible entonces pensar a los sujetos que componen este grupo como producto refinado del proceso de objetivación e individuación iniciado en la modernidad. La reducción a la nuda vida permite la máxima sujeción al sistema, simulando la máxima exclusión. Siendo esta una "forma de vida más" dentro de las que ofrece el sistema. De esta manera el proceso de inclusión - exclusión se indiferencia, habilitando como normal el estado de excepción que posibilita acciones extremas para garantizar la seguridad. La existencia de estos sujetos interpela, porque hacia

allí vamos y por eso se los rechaza. Sin embargo no se busca su re inclusión social porque, como producto más acabado de la tecnología del poder, re incluirlos sería degradarlos, devolverlos a un estadio anterior. La marginación preserva su existencia y facilita el control social de otros actores, apelando a la seguridad, echando luz sobre el lugar que ocupan.

Bibliografía

- Agamben, G. (1998) "Introducción" y "El campo de concentración como nomos de lo moderno", en Homo Sacer I. El poder soberano y la nuda vida - Valencia, Editorial Pretextos.
- Corea, C; Lewkowicz, I. (2004) *Pedagogía del aburrido: Escuelas destruidas, familias perplejas*, Buenos Aires - Paidós Educador.
- Jünger, E. (1995) *Sobre el dolor* - Barcelona, Editorial Tusquest.
- Lewkowicz, I. (2004) *Pensar sin estado* - Editorial Paidós - Buenos Aires.
- Schmucler, H. (2001) "La industria de lo humano en Artefacto. Pensamientos sobre la técnica n° 4". Buenos Aires.
- Sibila, P. (2005) *Biopoder en el hombre postorgánico. Cuerpo subjetividad y tecnologías digitales* Buenos Aires, Editorial Fondo de cultura económica.
- Sloterdijk, P. (2000) *Reglas para el parque humano*. Barcelona, Editorial Siruela.

8. "Además, las biopolíticas y otros dispositivos de biopoder han abandonado el ámbito estatal y las instituciones públicas, y se han desplazado hacia los laboratorios tecnocientíficos nutridos por capitales privados y animados por el espíritu empresarial que todo lo atraviesa. En su famoso artículo de 1990, Gilles Deleuze constataba con dolorosa ironía: "se nos enseña que las empresas tienen un alma, lo cual es sin duda la noticia más terrorífica del mundo". Cada vez más, ese espíritu empresarial invade los grandes emprendimientos tecnocientíficos, con las biotecnologías y la teleinformática como protagonistas eminentes de esa fusión" - ídem anterior 224

9. En sintonía con la gradual privatización de las instancias públicas, la definición de consumidor es más compleja y estrecha (y también más cruel) que la de ciudadano: un gran porcentaje de los habitantes de los Estados Nacionales se sacrifica en esa mutación, condenados a quedar fuera de los nuevos modos de subjetivación. Son los excluidos del mercado global, con el acceso denegado a los seductores prodigios de la tecnociencia fáustica. Es por ello que algunos sociólogos de tradición marxista, como Robert Kurz, se refieren a la etapa actual del capitalismo como "imperialismo de exclusión". O, como vaticinó Deleuze: "el capitalismo ha guardado como constante la extrema miseria de tres cuartas partes de la humanidad, demasiado pobres para la deuda, demasiado numerosos para el encierro". Lejos de solucionar este problema, la sociedad contemporánea "no sólo tendrá que enfrentarse con la disipación de las fronteras, sino también con las explosiones de villas-miseria y guetos".^{2º} - (Ídem anterior, 228)